

Dos geógrafos españoles en el «noventa y ocho»: Gonzalo de Reparaz y Enrique d'Almonte

EN ESTE año en que se conmemoran los hechos que pusieron fin al dominio colonial español en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y los archipiélagos de Micronesia, parece oportuno recordar la intervención en aquellos acontecimientos de dos geógrafos: Gonzalo de Reparaz y Enrique d'Almonte.

Los conflictos antillano y filipino coincidieron en el tiempo y en la motivación, pero guardaban entre sí diferencias muy sensibles. El primero, pese a intervenir en él combatientes de color, era, por su génesis, una guerra entre blancos, europeos y criollos, en un país con múltiples ciudades y con una economía notablemente desarrollada, aunque se basase en la plantación. Las Antillas se hallaban, por otra parte, en la cercanía de excolonias españolas emancipadas desde las primeras décadas del siglo, y en la práctica contigüidad de los Estados Unidos, donde hacía largo tiempo que venían manifestándose apetencias expansionistas sobre Cuba.

El conflicto filipino, en cambio, se planteaba entre una población abrumadoramente indígena («indios») y la metrópoli, en un país mucho menos evolucionado, sin más ciudad, en sentido estricto, que Manila, y con escásima presencia humana española; incluso las fuerzas militares y de orden en su gran mayoría se nutrían de filipinos, salvo los cuadros superiores, sin que hubiera apenas fuerzas peninsulares. Además, históricamente, la vinculación de Filipinas con España se había establecido a través de Méjico, desde donde una vez al año, partiendo de Acapulco, el «Galeón de Manila» hacía el viaje; el último tuvo lugar en 1815. Luego el movimiento independentista en Méjico produjo un corte de varios años, hasta que se estableció la relación directa desde Cádiz por el Cabo de Buena Esperanza, viaje con una

duración de unos seis meses, sólo reducida por la introducción del vapor y por la apertura, en 1869, del canal de Suez¹. Esto permitió estrechar la relación con la Península, pero en 1872, y a partir de un motivo de corta entidad, la crueldad de la represión gubernamental comenzaría a abrir una brecha entre Filipinas y la metrópoli que acabó por encontrar expresión militar en 1896, al amparo del conflicto cubano.

Colonialistas destacados, como el general Polavieja, se manifestaron partidarios de renunciar a las colonias antillanas, cuyo sometimiento efectivo se había mostrado inviable a partir de la guerra de 1868-78, y de concentrar el esfuerzo colonial en aprovechar las potencialidades de Filipinas, lo que requeriría dotarse de una fuerza naval adecuada, capaz de garantizar la conexión con la Península, la presencia efectiva en todo el archipiélago, y el efecto de disuasión suficiente frente a posibles apetencias exteriores. El dominio militar del territorio debería apoyarse en el incremento de los contingentes metropolitanos, cuya superioridad técnica (que se evidenciaría en la campaña de 1897) permitiría conseguir el control en el caso de movimientos insurreccionales.

Esa percepción de las diferencias entre la situación de las colonias antillanas y asiáticas vino a ser también la que tuvieron el gobierno y el ejército americanos, de

¹ En 1764 se hizo una primera expedición desde Cádiz por el cabo de Buena Esperanza, y en 1779, 1780 y 1782 hizo otras la compañía de los Cinco Gremios Mayores de Madrid. En 1786 se creó la Compañía de Filipinas, que inició los viajes al año siguiente (*Expedición...* págs. 4-17); entre 1787 y 1790 las fragatas de la Compañía invertían en el viaje de Manila a Cádiz alrededor de seis meses, aunque alguno duró, y hasta catorce meses (MALO DE LUQUE, págs. «Anexas» 95-126).

lo que se derivaría la independencia de Cuba (aunque mediatizada) y, en cambio, el mantenimiento del estatus colonial en Filipinas. Puerto Rico, por su tamaño, era un caso aparte.

En cualquier caso, dentro de una consideración geopolítica, la intervención estadounidense representaba las ambiciones imperiales de una potencia emergente que, preocupada hasta entonces por su expansión en la propia América, iba a encontrar, gracias al conflicto cubano, la oportunidad de rentabilizar las inversiones recién efectuadas para dotarse de una importante flota, y la ocasión de introducirse en un escenario impensado, como el de Insulindia.

Hasta entonces también, por parte española sólo se había tenido en cuenta, respecto a Filipinas, el peligro del expansionismo japonés, expresado en la ocupación de Formosa en 1895; peligro que, pese al evidente interés de Japón hacia nuestro archipiélago, se juzgaba contenido por el rechazo que hubiese provocado en potencias europeas con intereses en Asia, como Gran Bretaña, Francia, Holanda o Rusia. Aún habría de añadirse, ya consumado el desastre de Cavite, el interés de Alemania por hacerse con las Filipinas, o con parte de ellas, si los Estados Unidos no hubieran estado dispuestos a retenerlas para sí; no en vano el kaiser mantenía una flota estacionada en el Pacífico. Ya se tratase de unos o de otros, España, como potencia declinante, se vería forzada a retirarse de aquellos escenarios, en beneficio de una potencia ascendente.

En ese marco, los dos geógrafos mencionados pusieron sus conocimientos al servicio de su país para contribuir a la pretensión de mantener nuestro dominio colonial. Reparaz lo haría a través de la propaganda escrita y Almonte mediante la confección de cartografía para la autoridad militar y mediante su concurso personal como conocedor del teatro de operaciones.

I

GONZALO DE REPARAZ

Gonzalo de Reparaz, nacido en 1860, tuvo a lo largo de su vida una constante preocupación por los asuntos coloniales², actuando incluso al servicio de empresas

² Eso le valió el poder actuar como asesor de diversas personalidades políticas, siendo particularmente interesante su colaboración con León y Castillo en su etapa de embajador en París, y con el duque de Almodóvar del Río, tres veces ministro de Estado. Como fruto de tales colaboraciones redactó múltiples informes sobre cuestiones coloniales, que no conocemos por no haberse publicado, y

mercantiles de ese carácter, como la Compañía Trasaatlántica. En ese mismo terreno, y por lo que aquí nos ocupa, actuó también como consejero del general don Camilo García de Polavieja (1838-1914), en cuanto que éste tuvo responsabilidades de gobierno en nuestros territorios de Ultramar, uniéndole a él una amistad personal, la cual, probablemente, está en la base del libro que, bajo el título de *La guerra de Cuba. Estudio militar*, publicó Reparaz en 1896³.

La brevedad de los mandatos de los Capitanes Generales, la arbitrariedad en su elección, y los vaivenes ministeriales, se traducían, entre otras cosas, en la inexistencia de criterios militares permanentes. Polavieja había intervenido con notable éxito en la guerra cubana entre 1876 y 1879, habiendo sido luego Capitán General de la Isla en 1890. Sus cualidades y prestigio aglutinaban en torno a él a oficiales y jefes del Ejército y a personalidades civiles, entre las que se hallaba Reparaz, que veían en el general una figura idónea para emprender la regeneración, no ya de la Administración colonial, sino de la misma vida política nacional⁴.

Es lógico que ese núcleo viera con inquietud el desarrollo de la guerra en Cuba, y que, en el terreno estricta-

que acaso constituirían su mayor aportación geográfica. El resto de su obra escrita lo forman, de una parte, las «Crónicas geográficas» que redactó para el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y una multitud de artículos de periódico, de diverso carácter; de otro lado, un conjunto de libros, a veces de gran interés para conocer la vida política de entresiglos, pero de muy escaso interés geográfico, con algunas excepciones, como *Política de España en África* (1907).

³ Respecto a las Antillas, Reparaz defendió las reformas, «persuadido, ante la transformación marítima del mundo, que la mejor política era la de ir soltando poco a poco aquellas señoras, antes de que una insurrección nos impusiese una ruinoso guerra». El 29 de diciembre de 1896 publicó un artículo sobre los asuntos coloniales que le valió ser encausado por la autoridad militar, si bien, como la vista de la causa coincidió con el desastre colonial, el fiscal acabaría por retirar la acusación. Antes, en diciembre de 1895, entró en contacto con Polavieja, en el que veía al posible ejecutor de un programa de regeneración nacional; para apoyar su figura inició una campaña en el *Heraldo de Madrid*, y puso a Polavieja en contacto con el periodista Augusto Figueroa. Como Reparaz, el general pensaba que la guerra de Cuba acabaría de mala manera; tenía en Madrid un círculo compuesto por jefes y oficiales «que formaban su clientela militar», y por muy pocos políticos, entre los que se encontraba Canalejas. En cambio Cánovas se situaba políticamente frente a Polavieja, el cual fue nombrado Capitán General de Filipinas en diciembre de 1896 por imposición de la Reina Regente, frente al criterio de Cánovas. La relación entre Polavieja y Reparaz se fue enfriando a raíz del destino de aquél a Filipinas (durante el cual aplicaría una dura represión, incluido el fusilamiento de Rizal). Véase REPARAZ, *Aventuras*, págs. 46-47, 53-62 y 68-69. De la relación personal entre ambos personajes hay constancia, aparte de en las obras de Reparaz, en su correspondencia, que está por estudiar.

⁴ Tras su retorno a la Península desde Manila, Polavieja se decidió a intervenir en política, lanzando el 1 de septiembre de 1897 un manifiesto en el que señalaba la necesidad de transformar la vida política, de eliminar el caciquismo, descentralizar la Administración, desarrollar una política de fomento económico, dibujar una política exterior que acabase con el aislamiento, reorganizar las Fuerzas Armadas, etc. Su presencia en la vida política activa fue corta.

mente militar, estuvieran interesados en difundir sus criterios al respecto, para tratar de influir en la marcha de los acontecimientos. Ése sería el papel atribuido al libro firmado por Reparaz, tanto si fue obra exclusivamente suya como si fue, según parece lo más probable, una obra de inspiración colectiva.

En efecto, es posible que Reparaz contase con amplios conocimientos sobre cuestiones militares e, incluso, que sus opiniones sobre los aspectos más generales de la guerra fueran estimables. Pero resulta difícil creer que, careciendo de formación militar reglada, pudiera formular un cuerpo de doctrina sobre el modo más conveniente de conducir la campaña cubana tal como el que ofrece en su obra. Además, tampoco parece verosímil que Reparaz entrase en esa materia al margen de la aquiescencia, el consejo y la colaboración del círculo militar polavieja.

De ahí que, salvo futura evidencia en contrario, debamos inclinarnos a pensar que este libro de Reparaz no es fruto, tan sólo, de sus personales conocimientos y opiniones; aparte de éstas hay que suponer que transmitía los del círculo político-militar de Polavieja.

Indudablemente son de Reparaz bastantes consideraciones de orden político, habituales en sus obras. Parte siempre de atribuir la mayoría de los problemas del país a la introducción por los Borbones de ideas importadas que acabarían desembocando en la adopción del sistema político liberal, el cual considera inadecuado a nuestra realidad histórica y que, además, viciado en su funcionamiento, habría sido el responsable, tanto de la pérdida de las colonias del continente americano a comienzos del XIX, como de la previsible pérdida de sus últimos restos, que entonces estaba planteada.

Al hilo de esa argumentación, con la que empieza y concluye el libro, y que en diversas ocasiones se entrelaza en sus restantes páginas, Reparaz plantea una breve descripción geográfica de Cuba (págs. 29-50), como marco previo para la consideración de la guerra en sí, asunto al que dedica el grueso de su trabajo.

Después de considerar las causas de la guerra y los antecedentes de la rebelión, y de desmontar la idea, entonces muy difundida, del carácter especial del conflicto, entra en la crítica del modo de combatir adoptado por nuestro Ejército, en la consideración de la utilidad de las trochas militares, del modo de marchar, el modo de llevar los convoyes y de acampar, los reconocimientos, la persecución del enemigo, su modo de combatir y, por último, las prevenciones para conservar la salud de la tropa.

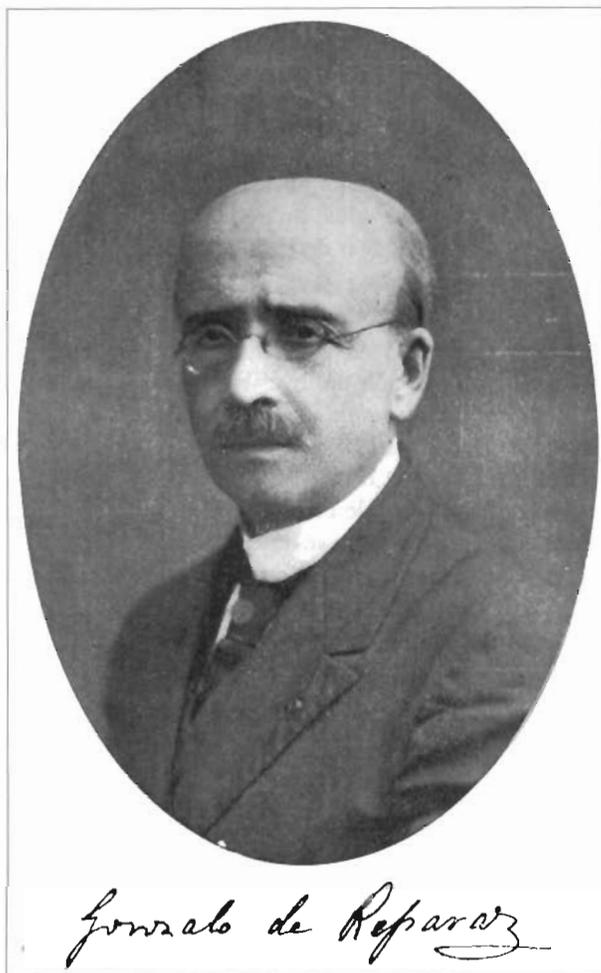


FIG. 1. Gonzalo de Reparaz hacia 1921, según fotografía incluida en su obra *La derrota de la civilización*.

La obra se cierra con un breve epílogo titulado «El mal y el remedio», que concluye con la invocación a un caudillo militar, dotado de «talento, energía y patriotismo», que pusiera un poco de orden en el caos.

La mayor parte del libro, por tanto, la constituyen las consideraciones estrictamente militares. Ahí es donde, sin desdeñar las capacidades de Reparaz, cabe ver la inspiración o la colaboración de oficiales del Ejército.

A pensar así llevan varias razones. En primer lugar, la ya citada de que resulta difícil admitir que Reparaz pudiese tener ideas propias sobre tales cuestiones, tanto más careciendo de experiencia de combate en Cuba. Sin eso, tampoco parece admisible que pudiera, por sí mismo, evaluar las obras sobre esa guerra de las que hace uso y, menos aún, hacer propuestas concretas sobre el

modo de conducir la campaña o de operar en ella. El concurso de militares profesionales tuvo que serle imprescindible.

El hecho de que Reparaz no aluda a ese concurso no es de extrañar; ni Polavieja, ni los militares de su círculo podían figurar, pues era improcedente que miembros del Ejército, en cuanto tales, apareciesen criticando los comportamientos o ideas de los responsables de la conducción de la campaña.

A pesar de todo, el objetivo que se persigue queda claro; cosa natural, pues de otro modo el libro no cumpliría ninguna función política. Frente a las vacilaciones o a la inexistencia de criterios políticos y militares acertados y constantes en relación con Cuba, el mandato de Polavieja en la Isla se nos presenta como un período caracterizado por lo contrario. Son, sobre todo, sus criterios militares los que se quieren resaltar: la existencia de un mando responsable, capaz de organizar las operaciones según una doctrina racional, sin improvisaciones, con visión global, con economía de medios y de hombres. Una sutil pero suficiente apología de las cualidades de un hombre para conducir una guerra, simétricas de las necesarias para conducir un país; más allá de las indicaciones concretas sobre las operaciones bélicas, esa parece ser la idea última que Reparaz quiere transmitir.

Dos años más tarde, en otro opúsculo de análogo significado, obra del ingeniero de Minas Enrique Abella⁵, aparece de nuevo el nombre de Reparaz, ahora como firmante del prólogo. El texto de Abella, fechado en abril de 1898, está dedicado, en su mayor parte, a poner de manifiesto la actividad desplegada por Polavieja desde la fecha de su nombramiento como Capitán General de Filipinas en diciembre de 1896, con la insurrección tagala en pleno apogeo, a la de su retorno a la Península el 15 de abril de 1897 y, muy en especial, a destacar la eficacia con que planeó las operaciones militares, que condujo sobre el terreno mientras su salud se lo permitió. En contraste con esa eficacia y dedicación, que dejaba la insurrección controlada y circunscrita a un área de la que no podía salir, en virtud de la creación de unas líneas militares adecuadamente establecidas, Abella trata de poner de relieve los desaciertos del predecesor de Polavieja, general Blanco, y los del sucesor, Fernando Primo de Rivera.

El folleto de Abella⁶ cumple la misma función política que el libro de Reparaz: la valoración de la figura y de las cualidades de Polavieja. Reparaz lo dice explícitamente en el prólogo, fechado el 2 de mayo de 1898, al día siguiente del desastre de Cavite, al afirmar que el folleto resume muy bien «los servicios prestados a la patria» por el general, y alude luego a las dificultades que había encontrado en Madrid:

Más hicieron entonces en contra de la integridad de la patria esos tagalos de Madrid que cuantos la combatían en Luzón. En Madrid, añade, los autores del desastre siguen impunes y dueños de nuestros destinos; y los que con el alma desgarrada por la tremenda herida abierta en nuestras más caras ilusiones sentimos un ansia inmensa de justicia, vémonos reducidos a esperarla de Dios y de la Historia (ABELLA, págs. XIX-XX).

En resumen, Reparaz, estrechamente vinculado al círculo del general Polavieja, a cuyo servicio estuvo de forma activa durante un tiempo, y más como publicista que como geógrafo, intervino en los años precedentes al desastre tratando de crear opinión en torno a los problemas coloniales. En ese terreno se manifestó partidario de hacer en las Antillas las concesiones más amplias, como única posibilidad de mantener la soberanía sobre las mismas, si bien para conocer con exactitud su posición sería necesario examinar su producción periodística y su correspondencia con el general.

Finalmente, las líneas con las que cierra el prólogo al folleto de Abella le sitúan bien lejos de aquellos miembros de la supuesta «generación del 98» que, según la corriente historiográfica más en boga, habrían visto con indiferencia el dramático fin del conflicto colonial.

II ENRIQUE D'ALMONTE⁷

Enrique d'Almonte y Muriel, hijo de gaditana y de un arquitecto o ingeniero italiano, nació en Cádiz en 1858. En 1876 ingresó en la Escuela de Ingenieros de

⁶ A diferencia de Reparaz, Abella no entra a analizar el sistema de operaciones militares, pues ni con anterioridad a la campaña de 1897 había habido tal sistema, ni por su profesión podía suponérsele a Abella la familiaridad con esas cuestiones que cabía aceptar en Reparaz. Además, la campaña de 1897 fue minuciosamente descrita en una obra del Teniente coronel Monteverde, de la que luego se hará mención.

⁷ Los datos que utilizamos proceden de la «Necrología...» publicada en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* en 1918. El folleto de ALBAY y el libro de ROMANO no añaden nada destacable para lo que aquí nos interesa. RODRÍGUEZ ESTEBAN se ha ocupado recientemente de las actividades coloniales de Almonte en África

⁵ Abella estuvo más de veinte años al frente de la Inspección General de Minas de Filipinas, y publicó múltiples trabajos sobre las islas (Véase ORDAZ). Con Polavieja ocupó la Secretaría del Gobierno General de Filipinas.

Caminos, pero la muerte de su padre le indujo a abandonar la carrera y a ingresar en el Cuerpo Auxiliar Facultativo de Minas; dotado de una gran capacidad para el dibujo, fue destinado a la Comisión del Mapa Geológico de España, hasta que en marzo de 1880, con 21 años, y probablemente por razones económicas, obtuvo el traslado a la Inspección General de Minas de Filipinas, en la que se le dedicó a hacer levantamientos topográficos y estudios descriptivos.

Como resultado directo de su profesión y de su curiosidad personal, acabó adquiriendo una amplia formación naturalista, apoyada además en múltiples viajes y exploraciones, pues desde Manila, aparte de visitar Japón, donde realizó algunos trabajos profesionales, hizo viajes por Borneo, Java, Sumatra, las Célebes, Nueva Guinea, Molucas, Indochina, Formosa y Melanesia. Además, aprendió a hablar el tagalo y otras lenguas insulares, y a leer chino.

La Inspección de Minas de Filipinas disponía de muy poco personal facultativo, pues en 1894 no contaba en Manila sino con el Inspector General, que entonces era Enrique Abella, y con un auxiliar, que era Almonte. El primero era, a la vez, Ingeniero Jefe del Departamento de Luzón y adyacentes, existiendo otro ingeniero al frente del Departamento de Visayas y Mindanao. Esa precariedad de personal hacía que todos los facultativos, y por tanto Almonte, intervinieran en los estudios geológicos (*Guía*, pág. 713).

De este modo, colaboró en «la esfera geográfica, cartográfica y de representación artística» con los dos ingenieros, José Centeno García y Enrique Abella, que estuvieron sucesivamente al frente de la Inspección entre 1880 y 1898; colaboración reflejada en trabajos publicados en los tomos XI, XII, XIII y XXII de las *Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España* («Necrología...», pág. 276).

En efecto, por iniciativa propia, o como resultado de trabajos que le fueron encomendados por el Gobierno General de Filipinas, prestó especial atención a la Geografía descriptiva⁸, y la mayor parte de su quehacer, tanto para el Gobierno como para particulares, consistió en exploraciones para adquirir datos sobre el relieve y la hidrografía e itinerarios de caminos y en el levantamiento de planos. La cartografía disponible sobre el archipié-

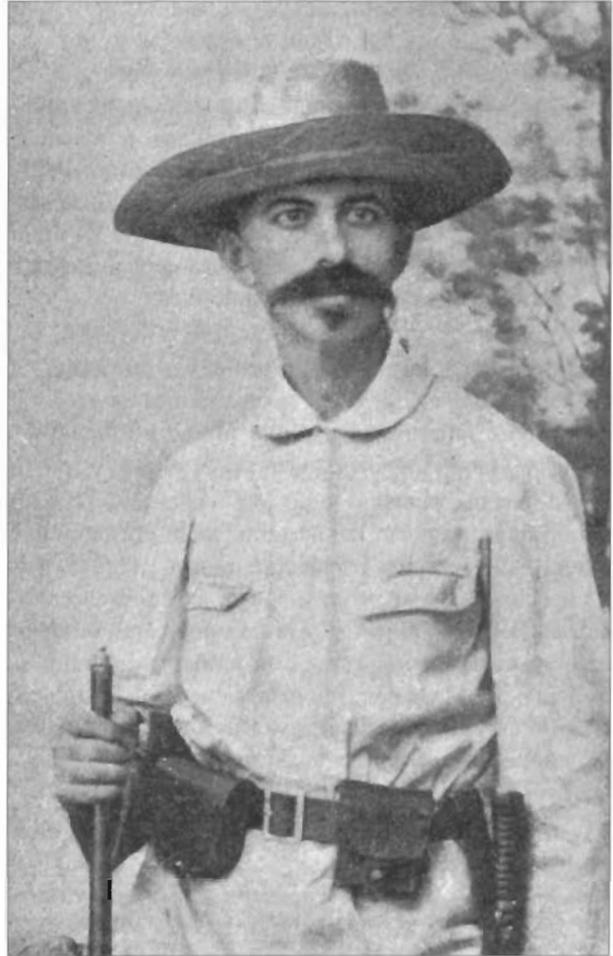


FIG. 2. Enrique d'Almonte a los 39 años en una foto hecha en Manila al término de la campaña de 1897, con el traje de rayadillo, la carabina Winchester que utilizó en la misma, y el machete de chapear. Tomada de MONTEVERDE, pág. 267.

lago era muy escasa e inexacta, y la multiplicidad de islas, la vegetación y las dificultades para desplazarse suponían obstáculos muy notables.

En esas condiciones Almonte desplegó una gran actividad, y fue comisionado por el Gobierno para que dirigiese el levantamiento del mapa general del archipiélago y el de varias islas en particular. Entre 1882 y 1898 publicó, al menos 22 mapas relativos a Filipinas, y dejó inéditos cinco más, entre ellos el mapa general de Filipinas a 1:800.000, aparte de múltiples itinerarios del centro y sur de Luzón aptos para trazar mapas a 1:50.000⁹.

⁸ En «Necrología...» (págs. 275-6) se le califica de «el más completo geógrafo descriptivo del Archipiélago filipino»; esas aportaciones están por identificar, salvo por lo que se refiere a algunos capítulos de la obra de Almonte titulada *Formación y evolución de las subrazas indonesia y malaya* (Madrid, 1917).

⁹ La relación puede verse en «Necrología...» (págs. 287-8), pero es incompleta y contiene errores. Así, por ejemplo, se omite el *Topographische skizze des*

Entre los mapas publicados se halla el *Bosquejo geológico de Panay*, a 1:200.000. A este respecto hay que recordar que según Odón de Buen («Necrología...», pág. 266), los trabajos geológicos de Almonte sobre Filipinas «revisten excepcional importancia», y que intervino en gran número de estudios geológicos en Cebú, Mindoro, Mindanao, Palawan, Calamianes, Joló, Samar, Negros, Panay, Leyte, Bohol, etc; trabajos que no sabemos si son los mismos que ejecutó en dependencia de Centeno y Abella o si los realizó por sí sólo¹⁰.

Adscrito a la Secretaría del Gobierno General de Filipinas en 1896, levantó los mapas de las provincias de Cavite, La Laguna y Batangas, que habían de servir al Ejército de Operaciones, y que fueron publicados a 1:200.000 por la Inspección General de Minas.

Al iniciarse la campaña de 1897 contra los insurrectos filipinos, Almonte fue adscrito, como práctico en el terreno, a la División Lachambre, a cuyo cargo corrían las operaciones. Marchó en vanguardia en el avance desde San Pedro a Paliparán, y prestó singulares servicios en el efectuado desde Pérez Dasmariñas hacia Salitrán, haciendo posible la ocupación de la cuenca del río Zapote; guió las columnas en los avances y tomas de Imús y Noveleta, y en distintas ocasiones combatió junto a nuestras guerrillas y practicó reconocimientos, sólo, has-

ta las avanzadas tagalas. Su experiencia del país le permitió llevar «las vanguardias de las columnas por los sitios donde no éramos sorprendidos, y desde los que sorprendíamos nosotros», contribuyendo de forma decisiva, con su intervención personal, al éxito de la campaña¹¹.

A fines de 1897 regresó a la Península, nombrándole entonces la Sociedad Geográfica socio correspondiente en Manila. Retornó definitivamente de Filipinas en 1901, interviniendo a partir de entonces en reconocimientos y en empresas coloniales en el Sahara y en el Golfo de Guinea. En 1917 decidió hacer un viaje a Filipinas, embarcando en el vapor Eizaguirre, de la Compañía Trasatlántica que se hundió cerca del cabo de Buena Esperanza, al chocar con una mina; Almonte encontró en el naufragio el final de su vida aventurada.

* * *

Así pues, Reparaz y Almonte, dos geógrafos autodidactas, con una fuerte dosis de experiencia viajera y, en el caso de Almonte, con el añadido de un apreciable saber naturalista y cartográfico, son dos buenos representantes de la Geografía colonial de su tiempo que, en cuanto tales, fueron también actores en el drama cerrado ahora hace un siglo.— FRANCISCO QUIRÓS LINARES

beziks Escalante auf Isla de Negros, de especial interés por haberse publicado en *Petermann's Geographische mittheilungen* (1885, vol. 31), que se menciona en QUIRINO. Éste, por su parte (págs. 117-8), da como de autor desconocido no menos de cinco mapas que la «Necrología...» atribuye a Almonte, y omite la mención de otros.

Por último, el mapa del archipiélago a 1:800.000 fue publicado en 1900 en ALGUÉ, José S. J.: *Atlas de Filipinas. Colección de 30 mapas trabajados por delineantes filipinos bajo la dirección del Padre Algué*. Washington, 1900, 24 págs. y 30 láms. en color. A este respecto QUIRINO (pág. 65) escribe:

When the Americans occupied Manila on August 13, 1898, they found a manuscript atlas of the country by Enrique d'Almonte y Muriel, a Spanish map-maker who had been occupied with that task for the preceding decade. This atlas contained 23 sheets, each 13 by 23 inches, and the entire archipelago is presented on a scale of 1:800,000. «This masterpiece of cartography may be regarded as the climax of maps bequeathed to posterity by the scores of Spanish geographers», stated Bach. «From numerous comparisons with the explorations which preceded the American administration, it has been proved beyond a shadow of doubt that d'Almonte's atlas and his series of maps of the principal islands eclipsed both in accuracy and completeness all the other topographic maps of the period».

El atlas fue publicado por el U. S. Coast and Geodetic Survey. Un ejemplar se halla en la biblioteca del Museo Oriental que los Agustinos Filipinos mantienen en Valladolid.

¹⁰ La relación de los trabajos de Centeno y Abella puede verse en ORDAZ.

¹¹ La campaña de la División Lachambre, bajo el mando del Capitán General Polavieja, se desarrolló entre el 15 de febrero y el 6 de abril de 1897, y está minuciosamente descrita en la obra del Teniente coronel MONTEVERDE Y SEDANO, en cuyas páginas 10, 266-8, 346, 361 y 567 hay referencias expresas a Enrique d'Almonte. La obra de Monteverde, que fue Ayudante de Campo del general José Lachambre, produce la impresión de ser una crónica de campaña cuya realización se había decidido previamente, como parte de la operación de prestigio en torno a Polavieja, a quien Monteverde califica de «caudillo de las campañas coloniales» (pág. 79). La documentación utilizada, la disponibilidad de los mapas y croquis de campaña, los planos de fortificaciones, croquis de poblados, las fotografías obtenidas sobre el terreno (no menos de 60), y otras muchas, individuales o de grupo, obtenidas ya en Manila, hacen pensar que Monteverde no redactó el libro a título personal.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLA y CASARIEGO, Enrique: *Filipinas. Prólogo escrito por don Gonzalo Reparaz*. Madrid, 1898, xx, 91 págs.

ALBAY, Conde de: *Don Enrique d'Almonte, explorador y geógrafo*. Madrid, [1920], 51 págs.

Exposición de la Compañía de Filipinas relativa a su establecimiento [...]. Cádiz, 1813, 126 págs.

Guía oficial de las Islas Filipinas para 1894. Publicada por la Secretaría del Gobierno General del Archipiélago. Manila, 1894, xv, 737, 19, 226, 20 págs.

MALO DE LUQUE, Eduardo: *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*. Tomo v, Madrid, 1790, xiii, 384, 138 págs.

MOLINA, Antonio: *Historia de Filipinas*. Madrid, 1984, 808 págs. en 2 vols.

MONTEVERDE Y SEDANO, Federico de: *Campaña de Filipinas. División Lachambre. 1897*. Madrid, 1898, 604 págs., 15 mapas y croquis, fotos.

«Necrología. El Ilmo. Sr. D. Enrique d'Almonte y Muñiel», en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, t. 60, 1918, págs. 265-313.

ORDAZ, Jorge: «Datos acerca de los estudios geológicos realizados en Filipinas en la época colonial», *Llull*, vol. 20, 1997, págs. 173-187.

QUIRINO, Carlos: *Philippine cartography (1320-1899). Second revised edition with an introduction by R. A. Skelton*. Amsterdam, 1969, vii, 3 hh., 140 págs.

REPARAZ, Gonzalo de: *Aventuras de un geógrafo errante. Primera parte. Soñando con España*. Berna. 1920, 304 págs., un mapa pleg.

REPARAZ, G.: *La guerra de Cuba. Estudio militar*. Madrid, 1896, 217 págs.

RODRÍGUEZ ESTEBAN, José Antonio: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid, 1996, 412 págs.

ROMANO, Julio: *Los exploradores d'Almonte y Benítez*. Madrid, 1950, 183 págs.